

JORGE JUAN: ADORNOS Y PERFILES

Mariano JUAN FERRAGUT
Vicepresidente de la Asamblea Amistosa Literaria



ON motivo del tercer centenario del nacimiento del jefe de escuadra de la Real Armada Jorge Juan y Santacilia, uno de los científicos españoles más relevantes de todos los tiempos, se está produciendo una avalancha de actos: conferencias, congresos, mesas redondas, artículos, reportajes, exposiciones y publicaciones, que están desbordando las previsiones más optimistas de aquellos círculos científicos, académicos y navales que, para evitar que el insigne marino caiga en el olvido, han venido manteniendo, contra viento y marea, la llama encendida de su recuerdo.

También el Congreso de los Diputados se ha ocupado de honrar la figura de Jorge Juan para conmemorar sus gestas en el tercer centenario de su nacimiento; para ello el pasado 24 de mayo, el Grupo Popular presentó una proposición no de ley que fue aprobada por unanimidad de la Cámara. La propuesta fue defendida por el portavoz de Cultura Juan de Dios Ruano, quien destacó los rasgos de una personalidad histórica que «va más allá de su localidad natal para proyectarse en la memoria colectiva de nuestro país como pocos pueden hacerlo» y que personificó cualidades tan propias de la Armada española como «el conocimiento, la inteligencia y la vocación de servicio que encarnó este ilustre marino».

En estos actos conmemorativos se están destacando las principales disciplinas, actividades y oficios desarrollados por el inmarcesible Jorge Juan en su decidida participación en los planes reformistas de los gobiernos ilustrados, que le convirtieron en su oráculo y comodín al servicio del Estado.

En las líneas que siguen, pasaremos de puntillas sobre sus oficios y actividades para centrarnos en otros aspectos, que a algunos se les antojarán prosaicos o triviales, pero que nosotros estimamos necesarios para dibujar la semblanza humana y vital del personaje, con sus virtudes y sus defectos, sus filias y sus fobias, así como sus amigos y sus menos amigos.



Busto de Jorge Juan. (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando).

Sus saberes

«Su delicia en el estudio era tanta, que negado (por lo común) a las demás diversiones y concurrencias, todas las horas que no eran del preciso reposo, ni del indispensable ejercicio, ò moderado recreo las dedicaba a sus Libros y Papeles...». Con esta inveterada afición, no es de extrañar que sus saberes abarcaran tantas disciplinas y oficios: marino, matemático, astrónomo, hidrógrafo, topógrafo, ingeniero (naval, hidráulico, de minas, de montes...), arquitecto, urbanista, espía, diplomático... Por ello se ha dicho que Jorge Juan, apodado *Euclides* por sus compañeros y conocido en Europa por «el sabio español», fue más un hombre del Renacimiento que de la Ilustración.

En el campo de la enseñanza, destacar que dirigió dos de

los más prestigiosos centros de la nación: la Real Compañía de Guardias Marinas de Cádiz y el Real Seminario de Nobles de Madrid. Otros prestigiosos cargos y distinciones que reunió su persona fueron: miembro de la Junta de Comercio y Moneda, consiliario de la Real Academia de San Fernando, socio correspondiente de la Real Academia de las Ciencias de París, miembro de la Real Sociedad de Londres y de la Academia de Berlín.

Sus familiares

Jorge Juan fue el primogénito del matrimonio formado por Bernardo Juan Canicia y Violante Santacilia Soler, ambos viudos y casados en segundas nupcias, quienes aportaron respectivamente seis y tres hijos de sus primeros matrimonios. Descendientes del primer matrimonio de doña Violante son los Roca de Togores y los De Medina, y de don Bernardo, los Soler de Cornellá.

Jorge Juan no tuvo descendencia directa y, por ser profesor en la Orden de San Juan o de Malta, permaneció célibe toda su vida. Tuvo dos hermanos enteros: Margarita y Bernardo; de la primera descienden los Bassecourt y los Burgunyo, mientras que Bernardo, que se casó dos veces, no tuvo descendencia.

Jorge Juan quedó huérfano a los tres años y dos tíos paternos tutelaron su educación: Antonio, canónigo de la Colegiata de Alicante, que lo acogió en su casa para que cursara estudios en el colegio de la compañía; los que continuó en Zaragoza, bajo la tutela de su otro tío Cipriano, bailío de Caspe, quien influyó para que su sobrino, con doce años, se trasladara a Malta y entrase como paje del gran maestre de la orden.

En cuanto a sus sobrinos, el alférez de navío Francisco de Paula Juan y Ximénez de Urrea formó parte de la comitiva que le acompañó en el viaje como embajador en la corte de Marruecos. Francisco de Paula, que se casó dos veces y no tuvo descendencia, era el hijo primogénito del segundo matrimonio del medio hermano paterno de Jorge Juan, Nicolás Juan Pascual; de su primer matrimonio con su hermanastra Teresa nació Isabel M.^a Juan Ibarra, que casó con el alférez de navío Salvador de Medina, que de guardia marina acompañó a Antonio de Ulloa en el famoso viaje que realizó por varios países europeos; su hijo, también llamado Salvador, ingresó como guardia marina, falleciendo de capitán de navío en 1811.

Cuando en 1773 Jorge Juan murió en Madrid, se encontraban de paso en su casa dos de sus sobrinos, Pedro y José Burgunyo Juan, hijos de su hermana Margarita. Pedro iba a emprender un viaje de dos años de duración por diversos países europeos, pero al fallecer su tío lo canceló y permaneció en Madrid varios meses, ayudando al secretario del marino, Miguel Sanz, en los trámites



Examen Marítimo.



Casa de Jorge Juan.

de la herencia. José, de 15 años, se encontraba de paso hacia Cádiz para ingresar en la Compañía de Guardias Marinas.

Sus amistades

«Con sus Amigos observó siempre una amistad tan inalterable y religiosa, que de su parte jamás se notó mudanza, por más que las de la fortuna se declarasen contra alguno». Tal fue el caso del marqués de la Ensenada desterrado en Granada tras su caída política; Jorge Juan marchó a dicha ciudad, comió con él y puso a su disposición toda su hacienda. Sabía los riesgos que esa visita implicaba, pues los entonces en el poder duque de Huéscar y Ricardo Wall que, con el embajador inglés en Madrid, fueron los principales instigadores de la caída de Ensenada, tenían ordenado a las autoridades granadinas que comunicaran las visitas y la correspondencia que recibiera el marqués, del que sus enemigos burlescamente decían que a «En-si-nada» lo habían confinado en «la-Gran-nada».

A mediados de 1757, el médico José Nájera, a la vista del deterioro de la salud del marqués, recomendó cambio de aires a un lugar más templado. Se

consiguió que fuera confinado a El Puerto de Santa María, aunque con la prohibición expresa de pasar a Cádiz. Jorge Juan lo visitó a menudo, y juntos pasaron jornadas cazando patos en una laguna que había en el camino de Jerez. En cuanto a Nájera, que acompañó al marqués en su confinamiento, se unió a las reuniones gaditanas de la Asamblea Amistosa Literaria.

Miguel Sanz, oficial de la Armada del Cuerpo del Ministerio, es sin lugar a dudas la persona que tuvo más trato y mejor conoció a Jorge Juan. Con 18 años fue nombrado su ayudante y durante cerca de 23 años fue su secretario y hombre de confianza. Le acompañó en todos los viajes y le ayudó en todos los trabajos y comisiones. Y desde que Jorge Juan, en 1762, sufrió una parálisis en sus manos, de la que nunca acabó de mejorar, el papel de su secretario fue fundamental para que el de Novelda pudiera continuar con sus actividades.

A la muerte de Jorge Juan, que murió sin testar, Sanz, que todavía permanecía soltero, fue nombrado depositario de los bienes. Recibió poderes de los dos hermanos de Jorge Juan para liquidar la herencia, tarea que le ocupó más de dos años y que ocasionó múltiples disputas familiares. Durante dicho periodo también se encargó de la sepultura, lápida, del traslado del cadáver a otra capilla, de la complicada venta de la biblioteca, así como de las existencias, cerca de 1.000 ejemplares, del *Examen Marítimo*, y de culminar la reedición de las *Observaciones y Estado de la Astronomía en Europa*, proceso que se había iniciado en vida de Jorge Juan. Precisamente en esta última obra se incorporó una biografía del sabio marino escrita por Sanz, la primera publicada que abarca desde su nacimiento hasta la muerte (de ella hemos entresacado los frases entrecomilladas que hemos reseñado anteriormente).

El fiel secretario también se ocupó de encontrar nuevas colocaciones a la servidumbre, compuesta por un mayordomo y ayuda de cámara, dos lacayos, un cochero y su delantero, un cocinero, un mozo de cocina y otro para el cuidado exclusivo de las caballerías. En cuanto a las gratificaciones, que según Sanz era voluntad del difunto que se les otorgaran, resultó más difícil que encontrarles los nuevos trabajos. Ello fue debido a la actitud de los herederos, sus hermanos Bernardo y Margarita, que hicieron gala de su mezquindad y tacañería.

En el círculo de los colaboradores de Jorge Juan también debemos incluir a Luis Godín y José Carbonel, ambos franceses, que prestaron notables servicios a la ciencia española, en cuya tierra murieron, aunque consideramos que no gozan del trato histórico que por sus méritos y trabajos merecen.

El académico Godín tuvo la paternidad de la iniciativa para las mediciones para determinar la forma y magnitud de la Tierra. Fue, nominalmente, el jefe de la expedición francesa en el Perú, pero pronto fue mermado en su liderazgo. Se distanció del resto de sus colegas, refugiándose en Jorge Juan, con el que formó equipo para las mediciones. Al finalizarlas no regresó a Francia, como lo hicieron sucesivamente Bourguer y La Condamine, si no que aceptó la cátedra de matemáticas de Lima, donde permaneció nueve años. En 1753



pasó a Cádiz, donde desempeñó, hasta su muerte en 1760, el cargo de director de la Academia de Guardias Marinas. Junto con Jorge Juan, creó el Observatorio Astronómico, participando en la elección de sus instrumentos, y en el estudio y uso de estos en la observación astronómica. Junto con Jorge Juan y José Carbonell elaboró, en 1953, un *Plan de 50 Ordenanzas para la Sociedad Real de Ciencias de Madrid*, cuya creación se malogró por la caída de Ensenada. Por ello, dos años después Juan fundó la Asamblea Amistosa Literaria, en que cada jueves en su casa se reunían profesores de la Academia de Guardias Marinas, del Colegio de Cirugía de la Armada y otros ilustrados residentes en Cádiz, donde exponían y discutían temas de índole científica. En cierto modo, la Asamblea Amistosa Literaria fue un

sucedáneo de la Academia de Ciencias (recordemos que en el siglo XVIII el término «literario» era equivalente a «científico»).

José Carbonel, otro de sus íntimos colaboradores, estudió en la Academia de Matemáticas de Orán. En la corte fue, durante nueve años, maestro de la Real Casa de Caballeros Pajes. En 1752, Jorge Juan lo contrató para maestro de idiomas de la Academia de Guardias Marinas, «pues a más de hablar el Griego, Latín, Español, Francés, Italiano, y Traducir el Inglés, todo perfectamente, está muy adelantado en Matemáticas, de las cuales también ha sido maestro, muy impueto en la Historia, y con grandes principios de Física moderna, que acompaña con ser muy buen filósofo». Una de las primeras tareas tras su llegada a Cádiz fue colaborar en la redacción de las Ordenanzas para la Academia de Ciencias antes mencionada. Fue el secretario de la Asamblea Amistosa Literaria, y en 1762 fue nombrado, además, bibliotecario de la Academia de Guardias Marinas. En 1769, por el traslado de la Academia a la

Isla de León, pasó a residir en dicha localidad, donde desempeñó varios cargos, falleciendo en 1801, cuando estaba a punto de cumplir 94 años.

Uno de los amigos íntimos de Jorge Juan fue Isidro de la Granja, oficial mayor de la Secretaría del Despacho de Marina. Estaba presente en casa del marino cuando sufrió cinco días antes de su muerte el ataque epiléptico que le dejó inconsciente. Ese mismo día, el secretario de Marina Julián de Arriaga comisionó a Granja para inventariar todos los documentos que, relacionados con las secretarías y en especial con la de Marina, hubiera en el domicilio de Jorge Juan. Isidro Granja también fue, como más adelante detallaremos, el que desinteresadamente se empeñó en que se conservara para la posteridad la imagen del rostro de Jorge Juan, no regateando medios para contratar a los mejores retratistas del momento. No se conformó solamente con un cuadro, si no que quiso que se esculpiera un busto en mármol, un grabado de su imagen y un medallón para la lápida.

Es opinión generalizada que Jorge Juan y Antonio de Ulloa mantuvieron una íntima amistad y compenetración y que la armonía reinó siempre entre ellos. Sin embargo, según el profesor González de Posada, de la Universidad Politécnica de Madrid, Ulloa y Jorge Juan rompieron de hecho relaciones en torno a 1751, o cuando menos se distanciaron progresivamente. Para argumentar su tesis expone unos hechos, a los que denomina «manifestaciones de desencuentros», entre ellos los siguientes:

- La no integración de Ulloa en el equipo, formado por Jorge Juan, Godín y Carbonel, redactor de las Ordenanzas para la creación de la Academia de Ciencias de Madrid.
- La no pertenencia de Ulloa a la Asamblea Amistosa Literaria creada por Jorge Juan en Cádiz en 1755.
- La no existencia de ninguna correspondencia entre ellos posterior a 1751.
- La prácticamente nula referencia a Jorge Juan en las *Conversaciones de Ulloa con sus tres hijos en servicio de la Marina* (1795).

Hay que resaltar que los dos primeros «desencuentros» tienen lugar durante los años en que ambos coinciden en Cádiz, 1751-57, siendo Jorge Juan capitán de la Compañía de Guardias Marinas y Ulloa teniente de la misma, aunque el destino de este último debió de ser formal más que real.

A favor de la conducta de Ulloa, hay que destacar que cuando Isidro Granja promovió una colecta entre los oficiales de la Armada para costear un busto de mármol de Jorge Juan, destinado a la Academia de Guardias Marinas, apenas consiguió reunir cien pesos, y eso gracias a que Ulloa aportó de su parte veinte. También Ulloa tuvo un gesto generoso con motivo de la lápida para Jorge Juan, en mármol blanco de Granada, cuyo coste total, incluido grabado y transporte era de unos 70 doblones, pero —según escribió Sanz— si la

relieve de la lápida— un busto de barro para hacer una réplica en mármol.

Pero el retrato más divulgado de Jorge Juan es un óleo sobre lienzo pintado por Rafael Tejeo en 1828 para la Secretaría de Marina, que se expone en el Museo Naval, inspirado probablemente en un grabado dibujado por José Maea y grabado por Vázquez, o bien en el mencionado grabado de Carmona.

Sobre el físico y costumbres de Jorge Juan, se ha descrito que: «Fue de estatura y corpulencia medianas, de semblante agradable y apacible, aseado sin afectación en su persona y su casa; parco en el comer, el igual de sus subalternos, el amigo de sus criados y, por decirlo todo en menos palabras, sus costumbres fueron las de un filósofo cristiano».

«Ni Ulloa ni Juan —según Julio Guillén—, juzgando por los retratos posteriores, carecían de buena presencia; el primero, más bien menudo, pero con ese pícaro carácter sevillano que tanto avasalla; el segundo alto y esbelto, de facciones elegantes y de mirar inteligente, Ambos bien portados y con la desenvoltura fácil del hombre navegado».

En el ámbito de la Armada existen tres óleos en Cartagena, dos copias del realizado por Tejeo y otro anónimo del siglo XIX (en la residencia del almirante del Arsenal); en los edificios de las antiguas Capitanías Generales de Ferrol y San Fernando existen sendos óleos anónimos del siglo XIX, y en el Real Observatorio, dos óleos del siglo XX. También hay catalogado un óleo en la Escuela Naval, y otro, de García Candoy, en la Comandancia Naval de Alicante.



Retrato de Jorge Juan de Santacilia, por Rafael Tejeo.
(Museo Naval de Madrid).

Sus enfermedades

Jorge Juan no gozó, en general, de buena salud. La primera enfermedad grave la padeció siendo guardia marina a bordo del navío *León*, que a finales del año 1733 se hizo a la vela desde Alicante formando parte de la escuadra de don Blas de Lezo, «para esperar y atacar a otra argelina, que aguardaron más de 50 días sobre la Goleta donde, por la corrupción introducida en los víveres, padeció toda la escuadra una general epidemia con calenturas atabardilladas, de que murieron y echaron al agua más de 500 hombres hasta que, proveídos en Cerdeña de nuevos víveres y medicinas, arribaron a Málaga... Uno de estos, y no del menor cuidado fue D. Jorge Juan que con otros cinco guardiamarinas, de los ocho que eran en su navío, llegó sacramentado y confesaba haber debido la vida al amoroso cuidado con que le hizo curar en su casa el cónsul de Malta...».

En 1738, cuando estaba efectuando las mediciones en el Perú, sufrió una caída con su cabalgadura por un precipicio. Quedó maltrecho, aunque salvó la vida. En octubre de 1751, tuvo un nuevo percance en el Arsenal de La Graña —localidad cercana a Ferrol y primer emplazamiento elegido para establecer los astilleros— durante unas pruebas de resistencia de jarcias. Una maroma se rompió y salió violentamente disparada y el estrechón golpeó el cuerpo y la cabeza de Jorge Juan, arrojándole desde el muelle al mar, sobre cuyas rocas se habría hecho pedazos; pero afortunadamente la marea estaba alta y el mar amortiguó el golpe. Se arrojaron al agua para salvarle, y le trasladaron inconsciente al hospital, donde necesitó muchos días de cuidados.

Durante la estancia de un año en Ferrol (mayo 1761-mayo 1762), donde se ocupó de la construcción y pruebas de los diques y del traslado al arsenal de las fábricas de jarcias y lonas de Sada, Jorge Juan sufrió por dos veces un doloroso cólico con vómitos y convulsiones que estuvo a punto de quitarle la vida. El diagnóstico de los médicos fue cólico bilioso convulsivo, y tuvo como secuela la parálisis o «perlesía» de las manos. A partir de entonces, y conforme se fueron sucediendo estos accesos, se fue quedando gafo, es decir, fue perdiendo la movilidad de sus manos, de cuya parálisis nunca acabó de mejorar. De Ferrol marchó, en un viaje agotador atravesando toda la Península, al balneario de Busot, distante solo cuatro leguas de la ciudad de Alicante. Allí permaneció unos seis meses tomando las cálidas y saludables aguas sulfatadas y sus baños, con lo que logró algún alivio. En enero de 1763 tuvo que marchar a Madrid por haber sido nombrado vocal del Consejo de Generales constituido por la pérdida de La Habana. Permaneció allí hasta el mes de noviembre de aquel año pero, al deteriorarse otra vez su salud, regresó de nuevo a su tierra natal en busca de alivio. Al cabo de seis meses, volvió a la corte hasta la conclusión del Consejo de Guerra.

Poco después de finalizada su misión como embajador en la corte de Marruecos, un agotador viaje de seis meses, la salud de Jorge Juan volvió a

resentirse, y a finales de 1767 le aquejaron de nuevo los cólicos, que le obligaron a guardar cama durante tres meses. Marchó a buscar alivio en las aguas y baños de Trillo (Guadalajara), donde permaneció todo el verano, recuperándose bastante de la debilidad en las manos.

Desempeñando su último destino, director del Seminario de Nobles de Madrid, los cólicos le atacaron de nuevo, obligándole por junio de 1772 a ir a tomar las aguas y baños de Sacedón (Guadalajara), de donde volvió con algún alivio. La mejoría le duró muy poco y a los pocos días marchó a su templada tierra alicantina. El día 3 mayo de 1773, según recoge el viajero Richard Twiss, se encontraba enfermo y en cama en Elche. Regresó a Madrid en compañía de Sanz y de sus sobrinos Pedro y José Burgunyo, reincorporándose a su destino de director del Seminario de Nobles.

El día 14 de junio, después de regresar del Real Sitio de Aranjuez, ronco y con dolores de vientre y extremidades, sufrió un grave empeoramiento que una semana después acabó con su vida, a la una y media de la tarde del 21 de junio de 1773. Según el certificado médico la muerte de Jorge Juan se produjo a causa de «un accidente de Alferecía, á que le sobrevino otro Aploplético».

Como hemos visto, Jorge Juan a partir de los 40 años de edad no gozó de buena salud. Sus achaques aumentaron en frecuencia e intensidad y le fueron invalidando progresivamente. En el último tercio de su vida sufrió accidentes de alferecía, así se designaba en aquellos tiempos a la epilepsia.

Sus heroicidades

El valor es la cualidad del ánimo que mueve a arrostrar sin miedo los peligros, y a lo largo de la historia su culto se ha prestado con carácter preferente en todos los ejércitos. Para muchos, valor y coraje van cogidos de la mano. El valor se alimenta con el sentimiento de nobles virtudes. El coraje tiene más de sangre y responde a motivos menos elevados. La justicia nos inspira valor. La injusticia coraje.

Dos de las facetas de la personalidad de Jorge Juan que menos se han valorado y tratado han sido la de su valentía y la de su coraje, dos virtudes que puso de manifiesto a lo largo de sus 43 años de servicios en la Armada. De ello ya había dado muestras desde su temprana juventud, corriendo caravanas a bordo de los barcos de la religión contra los corsarios de Berbería.

A los 17 años, siendo guardia marina, navegando en el navío *Santa Ana* del mando del conde de Clavijo, y «...sorprendido este comandante con el secreto acelerado aviso de que había fuego en el pañol, bajó corriendo don Jorge Juan y, hallando ser uno de los barriles de aguardiente el incendiado ...con su misma ropa, sofocando el fuego, salvó al navío y a todos de tan inesperado riesgo».

Otra acción meritoria, también siendo guardia marina: «Estando dados fondo delante de Barcelona, un temporal que de noche arreció con aguaceros, puso en tan deplorable estado a los navíos, que casi se imposibilitaba el socorro que uno pedía a cañonazos; cuya empresa solicitó don Jorge Juan y, llevando en la lancha del suyo un anclote y calabrote, consiguió después de muchos riesgos propios espiar y librar del suyo al navío, volviéndose al de su destino».

Las dos acciones anteriores están relatadas en *Breve Noticia* de Miguel Sanz, que no hace mención alguna sobre las dos que siguen a continuación y que tuvieron lugar en las ciudades de Quito y Cuenca durante las mediciones del arco del meridiano, en enero de 1737 y agosto de 1739, respectivamente.

Los detalles del primer percance los conocemos por una extensa carta de Ulloa al ministro Patiño. El incidente se originó por la negativa del presidente de la Audiencia, el limeño José Araujo, a pagar los costes del transporte de los instrumentos para las mediciones con la excusa de que se habían dirigido a él como vuestra merced (Vm.), en lugar de señoría (V. S.). Al enterarse Ulloa de la negativa, se plantó en la residencia de Araujo, y haciendo caso omiso a los criados, entró en la habitación, donde el presidente guardaba cama por encontrarse enfermo. Se originó una fuerte discusión, en la que también intervino la esposa de Araujo, y este, todo furioso, ordenó al exaltado Ulloa que se recluyera en su domicilio en calidad de preso, extremo que no cumplió. Jorge Juan, que ese día se encontraba fuera de la ciudad, al día siguiente se presentó en casa de Araujo. Respaldó la actuación de su compañero, negándole el tratamiento de V. S. Por la tarde de aquel día el alguacil mayor dio el alto a Ulloa, quien tiró de su espada, pero un ayudante del alguacil le agarró del brazo. Jorge Juan desenvainó el espadín y malhirió al ayudante. Juntos salieron corriendo para refugiarse en el Colegio de la Compañía de Jesús. Pocos días después Jorge Juan logró escaparse a Lima para entrevistarse con el virrey, marqués de Villagarcía, con el que había viajado de Cádiz a Cartagena de Indias. El virrey calificó el incidente de tormenta en un vaso de agua, pero no así el Consejo de Indias, que recomendó que los dos tenientes de navío regresaran a España en el primer navío, y que en sustitución se enviaran oficiales de mejor conducta. Felipe V hizo caso omiso, aunque decretó que cuando regresaran se procediera contra ellos para imponerles la pena correspondiente.

El otro incidente tuvo como escenario la plaza de toros de Cuenca, donde se originó un motín popular en el cual fue asesinado, por un «asunto de faldas», Jean Seniergues, el cirujano francés de la expedición. Jorge Juan demostró una vez más su coraje al intentar socorrerle. La Condamine, en su obra *Viaje a la América Meridional*, en la que manifiesta su antipatía hacia los dos oficiales españoles, reconoce el valor de Jorge Juan al intentar hacer frente, en solitario, a centenares de amotinados en la plaza de toros de Cuenca.

Pero donde demostró un valor reflexivo, sereno y prudente fue en el desempeño, durante casi año y medio, de la arriesgada y difícil misión de



Grabado de una plaza en Cuenca preparada para una corrida de toros.

espionaje en Londres. En más de una ocasión la policía le pisó los talones. Tuvo que cambiar de nombre y de domicilio y, burlando a sus perseguidores, salió de Inglaterra disfrazado de marinero raso a bordo de un buque mercante.

Sus frustraciones

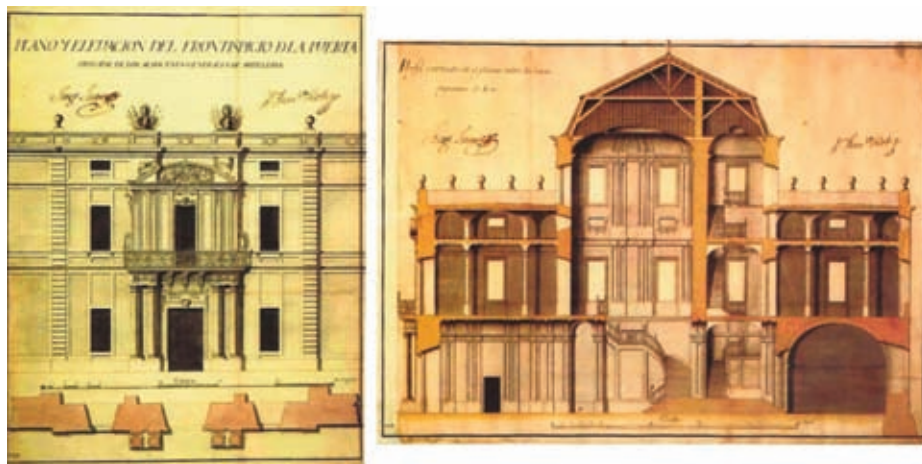
La primera frustración o desengaño de Jorge Juan debió de ocurrir recién llegado a Madrid de su comisión en el Perú, después de once años ausente de España. Procedía de París, última etapa del viaje, donde fue muy bien recibido. Allí alternó con célebres académicos que, junto con La Condamine y Bourguer, le votaron como miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de París, pero tan prestigioso título de poco le va a servir en Madrid. A su llegada, se encontró con que las cosas habían cambiado: el ministro Patiño, que le había enviado a América, había muerto. Nadie le esperaba, ni se acordaban de él ni de Ulloa. En el Despacho de Marina y en la Secretaría de Esta-

do fue recibido con indiferencia y frialdad. Fue tal su desencanto que consideró pedir la baja de la Real Armada y solicitar un destino en la Orden de Malta. Marchó a Zaragoza para tomar posesión de la encomienda de Aliaga (Teruel), perteneciente a la Orden, que tenía concedida desde antes de su ingreso en la Armada.

Al regresar a la corte, providencialmente intervino José Pizarro, el jefe de la Escuadra de la Mar del Sur, cuando Juan y Ulloa perseguían por las costas chilenas al inglés Anson. Su antiguo jefe les presentó a Ensenada, naciendo así una etapa fructífera y una amistad que permanecería inalterable aun después de la caída política del marqués.

Bien pronto surgió otro desencanto cuando los censores de la Inquisición informaron sobre su obra *Observaciones Astronómicas*. Se originó una gran controversia, en la que al final intervinieron el inquisidor general, el ilustrado Gregorio Mayans, y hasta el mismo marqués de la Ensenada, siendo de gran relevancia el papel jugado por el polígrafo jesuita padre Burriel, el gran defensor de Jorge Juan frente a la incultura científica de los detractores, que le acusaban de preferir el brillo de la nueva ciencia a la verdad de la religión cristiana. Para que su obra viera la luz, Jorge Juan llegó a admitir que, en relación con las teorías de Newton y el movimiento de la Tierra, se añadiera *Sistema dignamente condenado por la Iglesia*. A ello se opuso Burriel, llegando a decir que «quería que se pasase por todo aunque se rían de nuestra ignorancia todas las naciones». Durante el embrollo, tal debió de ser el enfado de Jorge Juan que después de rebatir, con mordacidad no exenta de ironía, los argumentos de sus detractores amenazó con someter su libro a las Academias de Londres y de París para que se pronunciaran sobre ella. Al final tuvo Roma que autorizar la licencia para la edición de la obra, después de que el padre Burriel escribiera el prólogo, en el que maquillaba las convicciones de Juan, al afirmar que se trataba de una hipótesis y no de una tesis: «Así discurrían estos grandes ingenios (Newton y Huygens) en la Hipótesis del movimiento diurno de la Tierra; pero aunque esta Hipótesis sea falsa, la razón del equilibrio siempre probaba contra la perfecta esfericidad de la Tierra, una vez admitida la Observación de que los cuerpos, según la experiencia de los Péndulos, ejercen menos pesadez en las cercanías del Ecuador, que en mayores latitudes».

En esa primera edición, Jorge Juan tuvo que renunciar a manifestar su adhesión al sistema copernicano, pero 25 años después en la segunda edición de 1773, año de su muerte, pudo liberarse del lastre de la «hipótesis». Redactó un documento que era toda una manifestación de fe científica, con un largo título: *Estado de la Astronomía en Europa y juicios de los fundamentos... sin riesgo de su opinión, y de su religiosidad*. En él se dice «Entre las experiencias y demostraciones geométricas que se exponen en esta Obra, hay varias que respiran a favor del sistema conocido generalmente por el nombre de Copernicano, y que por suponerse opuesto á las Sagradas Letras, fue declarado en Roma, por la Congregación de Cardenales Inquisidores sospechoso de



Plano y perfil de edificios de Ferrol.

heregía. No había entonces el cúmulo de fundamentos con que hoy se puede pensar lo contrario...». El documento continúa con la exposición de distintos argumentos científicos, y más adelante dice: «Estas reflexiones se han hecho ya en casi toda Europa: no hay Reyno que no sea Newtoniano, y por consiguiente Copernicano; mas no por eso pretenden ofender (ni aun por imaginar) á la Sagradas Letras que tanto debemos venerar».

Pero el gran chasco de Jorge Juan fue, sin lugar a dudas, la destitución, arresto y destierro a Granada del marqués de la Ensenada en julio de 1754. Se enteró varios días después cuando estaba inspeccionando el Arsenal de Cartagena, en compañía del intendente de la zona, y según un testigo presencial «ambos fueron chocados con un pánico tembloroso después de leer sus cartas sobre la caída de Ensenada».

La mayoría de los principales colaboradores del marqués fueron cesados y muchos también desterrados de la corte. Jorge Juan y Ulloa en parte se salvaron de la purga. Decimos en parte porque, al gozar ambos de un gran prestigio nacional e internacional, es probable que el nuevo titular de Marina, Julián de Arraiga, no se atreviera a cesarlos. Pero sí cambió los planes de construcción naval de Ensenada, implantando el sistema francés y derogando el de Jorge Juan, quien también cesó en la dirección de las obras de los arsenales. Marchó a Cádiz y se volcó en la dirección de la Compañía de Guardias Marinas, y durante los seis años del destierro del marqués estuvo apartado de la Corte con la consiguiente pérdida de influencia en los altos círculos del poder.

La caída de Ensenada acarreó la cancelación de otros proyectos que el marqués le había encargado, como fue el levantamiento de un mapa de Espa-

ña, tarea que ya intentó Felipe II, pero todos los esfuerzos fracasaron. Jorge Juan redactó un método para tal levantamiento, e incluso se habían adquirido los instrumentos necesarios. Pero hubo que esperar hasta 1875, en que bajo la dirección de Carlos Ibáñez de Ibero se publicó la primera hoja del mapa, a escala 1:50.000. Otro siglo también hubo de esperar la Academia de Ciencias, pero en este caso Jorge Juan se consoló creando, al año siguiente de la caída del marqués, un sucedáneo: la Asamblea Amistosa Literaria. También se hicieron esperar otras dos iniciativas de Juan: el Observatorio Astronómico de Madrid y el Depósito Hidrográfico.

Jorge Juan y Julián de Arriaga no se llevaron bien, a pesar de que ambos eran profesores de la Orden de Malta y habían pertenecido a la red política de Ensenada. El nuevo ministro lo separó de la dirección de las construcciones navales y de las obras de los arsenales. Pero Arriaga, que tenía fama de mal genio, fue un gran político que supo maniobrar muy bien en los círculos cortesanos; prueba de ello es su larga permanencia al frente de la Armada, 21 años y medio (el que más tiempo ha desempeñado la cartera de Marina a lo largo de la historia. Valdés, el ministro que le sigue en tiempo en el cargo, permaneció menos de la mitad, 10 años). Arriaga, debía de saber pues, como vulgarmente se dice, «con quién se jugaba los cuartos». Además el mismo Carlos III reconocía la valía del marino de Novelda, como lo demuestra el hecho de que en 1766, el monarca decidió construir doce navíos en Pasajes y Génova a espaldas de Arriaga. El Rey contaba para ello con la colaboración de su ministro de Hacienda, Miguel de Múzquiz, que debía apoyarse en Jorge Juan, y así lo confesó en una carta: «...ocurre la novedad de querer el Rey que sin decir palabra al bailío, me entienda con V. M.». Por una serie de razones, que sería prolijo detallar, esos planes se vieron frustrados.

Pocos días después, cuando en Cádiz Jorge Juan preparaba la mudanza para, por orden del Rey, fijar su residencia en Madrid, recibió la noticia de su designación como embajador en Marruecos. Así se lo comunicó a Múzquiz: «Amigo y señor: con esta embajada de Marruecos se nos acaban de frustrar todas nuestras cosas...». Algún historiador ve, en esa designación, la «mano negra» de Arriaga para mantenerle alejado de la corte el mayor tiempo posible.

Parece evidente que el prestigio y la sabiduría de Jorge Juan despertaron en Arriaga unos celos terribles. Pero ya hemos dicho que este ministro era un hombre muy listo, conocía que a Jorge Juan la mayoría de las secretarías de Estado le solicitaban informes sobre todo tipo de cuestiones, por ello continuó también solicitándole informes y soluciones sobre distintos problemas, algunos «envenenados», como fue el caso del incendio de las minas de Almadén, o el de la rotura de los diques de Cartagena.

En todo caso, Jorge Juan se lamentó, en una carta a Múzquiz, de las solicitudes de Arriaga: «Es verdad que me pide dictamen en muchas cosas, pero son terminadas, en no dando lugar para producir, como V. M. Hace, nada se

adelanta, se reduce solo a la rutina vieja y no más, prueba de ello, que aún no me ha hablado una palabra sobre la intención de engrosar la armada; con este método ¿Cómo quiere V. M., que ayudemos a la fomentación?».

Tampoco sería del agrado de Juan el nombramiento para juzgar en consejo de guerra a los mandos implicados en la toma de La Habana por los ingleses en 1762, pues además de que siempre es enojoso enjuiciar la conducta de compañeros, se dio la circunstancia de que tuvo que interrumpir, en dos ocasiones, la estancia en los baños termales, donde encontraba alivio a sus dolencias.

Por otro lado, es un hecho que desde que en 1760 fue nombrado jefe de escuadra no volvió a ser ascendido, sin haber constancia alguna de que Arriaga hubiera elevado al rey propuesta de ascenso a teniente general. De ahí las siguientes palabras de Luis María de Salazar: «Decir pues lo que en beneficio del Estado trabajó y escribió don Jorge Juan fuera obra larga, así como parece incomprensible que sobre tantos méritos, tantos útiles desvelos y tan importantes como notorios servicios, hubiese sido tan escaso el premio».

Recuérdese al respecto a título de ejemplo que en aquella época se otorgaron títulos nobiliarios por un viaje del Rey en un buque de la Armada, como fue el caso del marqués del Real Transporte y conde del Buen Viaje. Hay que resaltar que los dos títulos recayeron en una misma persona, el yerno del marqués de la Victoria. Años después, fue perdonado por el Rey, solamente por ese parentesco (así lo expresa el correspondiente decreto), de la pena de separación del servicio, impuesta por el Consejo de Guerra del que Jorge Juan formó parte, por la pérdida de la Habana, donde el «yernísimo» era el jefe de la escuadra que debía defenderla. Dicha escuadra se rindió sin disparar un solo cañonazo y en aquel desastre perdimos más navíos que en Trafalgar. Poco después, al perdonado se le nombró comandante de los Batallones de Marina.

Jorge Juan no fue una persona pesimista ni amargada, pero postrado en lecho y viendo cercana su muerte, decidió escribir una carta al Rey, a nuestro juicio desacertada. Tal decisión pudiera estar fundada en su lealtad a sus ideas y a su patria, y posiblemente también por las frustraciones y desengaños que le acompañaron en los últimos 19 años de su vida, concretamente desde la caída de Ensenada. En la misiva a Carlos III, se lamenta de la indefensión de España por haber sustituido su sistema de construcción por el modelo francés, vaticinando graves pérdidas y previendo el peligro inevitable de perderse en un solo día, el honor de las armas, vasallos y Estado de S. M. La carta termina con estas amargas frases: «Ya no me hallo estado de alcanzar las desgracias que amenazan a España el presente sistema, pero V. M. mismo, si no las remedía, pronto a de ser testigo presencial para llorarlas. Dígnese V. M. leer por sus propios ojos estas verdades y créalas para apreciarlas, no como inspiradas por Jorge Juan, sino como hijas de un alma que le estima y va a dar cuenta a Dios, a quién suplico dilate la importante vida de su majestad.»

Sus virtudes: probidad y rectitud

La rectitud de Jorge Juan fue una constante a lo largo de su vida, pudiéndose afirmar que nunca practicó el nepotismo, vicio muy habitual en su época, en la que la mayoría de los cargos y prebendas se conseguían, tal como acabamos de comentar, gracias a las recomendaciones.

Miguel Sanz, al referirse a los amigos de Jorge Juan, dice: «...nunca, por sola razón de amistad, procuró promover la suerte de quien primero no le abriera el paso con sus efectivos méritos; a menos que en su concepto no se midieran iguales las circunstancias, en cuyo caso aún solía salir perjudicado el más amigo, no pudiendo fiscalizar al otro de tan cerca. Y así, jamás concediendo, proponiendo ni informando, proporcionó empleos para los sujetos, sino sujetos para los empleos, sin atender a estas leyes ni a las del paisanaje y, lo que es más, ni aun a los vínculos de la propia sangre.».

Existen ejemplos de la conducta que sobre recomendaciones siguió Jorge Juan, tanto con amigos como con familiares. En el primer caso tenemos las amargas lamentaciones del padre Burriel, el que defendió a Jorge Juan de las objeciones de los censores del Santo Oficio acerca de su obra *Observaciones Astronómicas*, logrando su publicación sin que el autor renunciara de sus ideas científicas.

La infatigable labor del erudito jesuita fue clave para que la primera publicación de Jorge Juan pudiera ver la luz en julio de 1747, pero apenas transcurrido un año y medio se lamentaba de la ingratitud del marino: «Después de lo que yo hice por él, por sus conveniencias, por su obra y por su fama, no ha sido para recomendar a mi hermano ni aun hablar de él con D. Zenón, temiendo acaso que se le señalasen por compañero y que en todo le desluciese».

La misma actitud intransigente observó Jorge Juan con sus familiares. Fueron los casos de dos cuñados. uno Félix Desplá, marido de su hermana materna, Antonia Ibarra Santacilia; y el otro Jacinto Malla, casado con su hermana paterna, María Manuela Juan Pascual del Pobil. En carta del marino a su hermana Margarita, de mayo de 1752, decía: «No quisiera otra cosa que poder hacer por Tona; pero que quieres que yo le haga si se ha casado con un hombre bueno para maldita de Dios la cosa». En otra carta, de abril del año siguiente, también dirigida a Margarita, le comentaba acerca del enfado de Manuela por la negativa del marino a la recomendación: «En punto a lo que me dices del sentimiento de Manuela te digo que es cierto; pero que yo no lo estoy con ella, que ella es quien lo está conmigo, porque no he querido condescender a lo que su marido (que es un loco) me pedía».

Amores

Miguel Sanz deja constancia en un tono panegírico de los amores de Jorge Juan. Los cita en su obra *Breve Noticia...* en el orden siguiente: a la verdad, a

la justicia, a su patria y al prójimo, sin que este orden implique una prelación o preferencia. Esta es la opinión del fiel secretario: «Su amor a la verdad y a la justicia fue siempre igual y tan crecido que ningún humano temor, respeto ni esperanza pudieron jamás blandear ni torcer... El amor a su patria excedía sin duda al suyo propio en tanto grado... si su amor a la patria fue grande, grande fue también el que siempre le debió su prójimo».

Ninguna referencia, pues, a sus convicciones religiosas, que sin duda bien ancladas las tenía, ya que pertenecía a una orden religiosa, la de Malta, de la que era caballero de Justicia, y que con el fin de perseguir perfección evangélica había profesado los votos de pobreza, castidad y obediencia. Evidentemente no se le puede tachar de que practicara la beatería. Al respecto existe una carta, fechada en Madrid a 29 de julio de 1752, dirigida a su hermana Margarita, en la que dice: «Hermana querida: ...pero lo que ha venido a sacar es el decirme que estás muy rara, porque te cogen de quando en quando, algunos entusiasmos de santidad extrahordinarios; no seas tonta y lleva todas las cosas en razón, porque los extremos, aun en este particular no son buenos. Ya me digo sin embargo que estabas mejor, de lo que me alegro; pero quisiera que dejando todas pataratas a un lado, te divertieras».

En las extensas colecciones epistolares jorgejuanistas que se conservan en diversos archivos, muy escasas son las referencias a personas del sexo femenino, a no ser que formen parte del círculo familiar. En una carta de julio de 1952, fechada en Madrid, a su hermana Margarita, hace referencia a un deseo de esta de una bata y un brazaletes, y dice: «pero no me has dicho de qué especie a de ser; si tu no me lo dijeres a buelta de correo, se ará lo que gustase tu amiga Victoria Rovira». En otra carta del siguiente mes, vuelve a mencionar a esa amiga Victoria. Ya había comprado la bata «a elección de Victoria Rovira y mía; con que si no fuese a tu gusto ríñela a ella en primer lugar».

Un año después en otra carta a Margarita, fechada en Cádiz, Jorge Juan nos desvela quién era Victoria Rovira. Según ha escrito la profesora Rosario Die —que junto con su marido, el también profesor Alberola Romá, son los mejores especialistas y concedores de Jorge Juan—, el mayor interés de la aludida carta, más que por su contenido, radica en que nos muestra a un Jorge Juan celoso de su intimidad y enormemente reservado ante su secretario, que al dictarle la carta le hizo dejar el hueco reservado entre palabras, para poder añadir posteriormente el nombre, que sería el de Victoria. Además el casto marino transformó el punto final en una coma, añadiendo a continuación la siguiente frase: «Celebro te diviertas con Victoria a quien harás una expresión de mi parte, porque siempre ha sido mi cortejo». ¡Vaya con el bueno de don Jorge, que calladito tenía lo de su cortejo!